

GISCARD, PRESIDENTE DE MEDIA FRANCIA

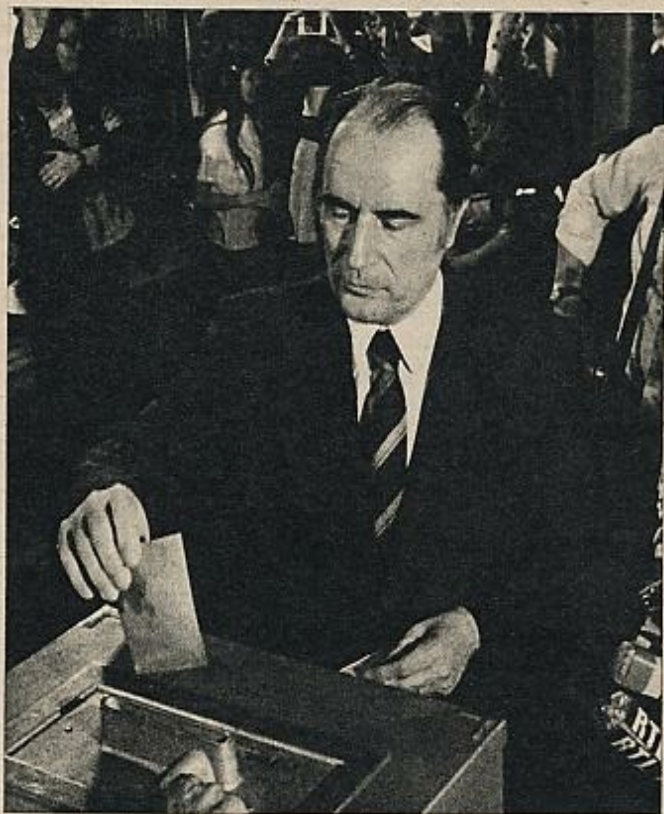
La elección de Valéry Giscard d'Estaing como Presidente de Francia es el resultado más visible de las elecciones celebradas el domingo pasado en Francia. No es, sin embargo, el más significativo. Hay un hecho trascendental que se viene señalando desde el arranque de la campaña electoral para el primer turno: la caída de un régimen, el final del sistema que ha gobernado al país durante dieciséis años bajo el nombre del General De Gaulle, que quiso cambiar de era —proclamó la V República— y que pretendió la reducción del papel de los partidos políticos y de la Asamblea Nacional, y aún trató de la desaparición pura y simple del Senado; se apoyó en un poder personal y en un grupo que no quiso llamarse a sí mismo partido, sino «mouvement» (movimiento), o «rassemblement» (reunión, grupo): la UDR. Que llega a su final. Va a «hacer su autocrítica», dijo el lunes siguiente al segundo turno su secretario general, Sanguinetti: se dice que puede disolverse hacia el mes de junio, que pueden salir de ella algunos partidos (uno, que encabezaría Debré; otro, dirigido por Chaban-Delmas). La caída del régimen implantado por el General De Gaulle, y no dilapidado por su heredero, Pompidou, sino alcanzado ya en los últimos tiempos de gobierno del General, ha de señalarse por un nuevo parlamentarismo, por un mayor peso de la opinión pública: y por la obligación de tener en cuenta a la oposición.

Esta obligación viene, sobre todo, de los datos concretos del segundo turno. Un hecho considerado en Francia como histórico es el de la casi ausencia de abstenciones: ha habido más votantes que nunca. Este signo está ligado, por una parte, a la caída del régimen

que por su esencia trataba de despolitizar al país, de que éste dejase en las manos paternas de sus gobernantes las grandes decisiones; por otra, con el segundo hecho histórico, el de la bipolarización de Francia. Se ha presentado esta elección como un enfrentamiento entre la izquierda y la derecha (con la reserva de que Giscard no sólo ha rehuido el término de derecha para sí mismo, sino que lo ha negado: se ha presentado como liberal, como renovador, todo lo más como centrista), y el resultado muestra que la división se hace prácticamente a partes iguales. Los decimales que han dado el triunfo a Giscard, los 400.000 votos (menos, probablemente, cuando se tengan todas las cifras completas y oficiales: se proclamarán hacia fines de esta semana) de mayoría en una inmensidad de más de 26 millones de votantes no significan en realidad nada: en un país de política viva, es el número de personas que cambian cada día de opinión, influidas por los acontecimientos cambiantes o por factores incommensurables. El resultado es, por lo tanto, comparable al de la cara o cruz de una moneda.

De esta bipolarización se desprende otro hecho histórico: la nueva fuerza de la izquierda. Nunca la suma de votos de los partidos de izquierda había sobrepasado, como en esta ocasión, el 49 por ciento de los votos: nunca había estado más próxima al poder, nunca lo había tenido al alcance de las manos como ahora. La integración del partido comunista dentro de esta izquierda es un hecho que sólo se había producido en los tiempos del Frente Popular de abril de 1935. Pero aquel Frente Popular tenía unas motivaciones históricas propias: era,

Mitterrand hubiese ascendido al poder desde una oposición condenada y perseguida desde que terminó la guerra mundial...



Georges Marchais: los votos comunistas.





¿Reformará Giscard la Constitución?
 ¿Reducirá el término del mandato presidencial?
 ¿Dará más poderes a la Asamblea?
 Estas respuestas, si fuesen afirmativas, serían decisivas para el porvenir de la política francesa.

sobre todo, un antifascismo en la época de los grandes fascismos europeos, y obedecía a la misma ley de miedo y defensa que obligó más tarde a un conservador anticomunista como Churchill a unirse a la Unión Soviética (lo que él llamó «la alianza con el diablo») para luchar contra el nazismo.

CUANDO Giscard, en su primera declaración pública después del escrutinio, anunciaba que Mitterrand deberá desempeñar un papel trascendental en el futuro de la política y del país, estaba admitiendo esa realidad, y es excelente que la admita. Sería para él suicida que se dejase llevar solamente de la oficialidad del resultado, que no se diera cuenta de que quien le ha elegido no es más que la mitad de Francia, y que la otra mitad está claramente en contra. Que es, sin duda, lo mismo que le habría sucedido a Mitterrand. Pero con un matiz importante: Mitterrand hubiese ascendido al poder desde una oposición condenada y perseguida desde que terminó la guerra mundial, y Giscard apoyado por una derecha bien instalada. Es decir, que la izquierda es una fuerza que sube; la derecha, una fuerza que desciende. Para sostenerse, para ganar esos decimales de votos que le han hecho Presidente, Valéry Giscard d'Estaing ha tenido que hacer una campaña de promesas sociales, y desde la misma noche del domingo está ya siendo acuciado para que las cumpla. La izquierda le ha acusado de demagogo por esa campaña: va a tener que demostrar que no lo es, o que es un demagogo que para ejercer su demagogía no va a tener más remedio que hacer las concesiones prometidas. Es decir, va a tener que gobernar a la izquierda.

TIENE a su favor la utilización del sistema fuerte y cómodo de gobierno del régimen anterior. Es decir, puede por el momento despreocuparse de una Asamblea que no le puede destruir. El proceso de su gobierno es éste: en cuanto el Consejo Constitucional apruebe los resultados del escrutinio —como queda dicho, hacia el final de la semana— nombrará un primer ministro y, con él, formará la lista del nuevo gobierno. El lunes por la mañana anunció ya que, tanto el nombre del primer ministro como el de los miembros del gabinete van a constituir «una gran sorpresa»: en el sentido, quizá, de que serán jóvenes, que no estarán reclutados entre los políticos gastados del viejo régimen. Pero hay observadores que creen que puede ser capaz de constituir un gobierno de unión nacional, como consecuencia de la lección del resultado, en el que figurasen algunos de los políticos del UDR y algunos de la oposición de izquierdas. No parece que esté en su línea.

UNA vez constituido este gobierno, Giscard se enfrentará a las grandes batallas que el país tiene pendientes: la social y la económica. Con Mitterrand en la presidencia, los sindicatos hubiesen contenido sus reivindicaciones en espera de que sus medidas modificaran su situación: con Giscard, las huelgas pueden comenzar inmediatamente. Con la nueva fuerza, la nueva moral, de la izquierda, estas reivindicaciones pueden llegar muy lejos. La otra cita la tiene con la inflación. Como Ministro de Finanzas, ha hecho lo que ha podido por restañarla; como Presidente de la República, elegido sólo por la mitad del país, tendrá que llegar más lejos.

TEORICAMENTE, Giscard tiene ahora cuatro años delante: los que le separan de las elecciones para la Asamblea Nacional. Mitterrand hubiese disuelto la Asamblea y convocado elecciones generales: Giscard debe apoyarse en la existente, que le da una mayoría resignada (resignada porque el UDR o los partidos que de él surjan tienen que apoyarle frente a la izquierda) y evitar la disolución, porque unas elecciones generales le darían una mayoría de diputados de la izquierda, de los cuales sería prisionero. Eso sucederá dentro de cuatro años, si la izquierda unida sabe conservar y aumentar su fuerza actual; sobre todo, sucederá si Giscard no cumple sus promesas sociales (si la derecha, los grupos de presión, no le dejan cumplirlas) y no gobierna con una inclinación a la izquierda, como ha prometido. Puede decirse que en estos momentos es un Presidente prisionero: de una izquierda que le iguala en fuerza electoral, de una derecha que si le retira el apoyo que le ha prestado le dejará minoritario.

LA influencia de Giscard en política exterior es un tanto más en la reconversión atlántica de Europa, en el mantenimiento de la OCDE, en la estela de los Estados Unidos. Giscard es amigo personal de Schmidt, y es posible que entre los dos continúen la idea de la Federación Europea que pretendían sus inmediatos predecesores, Pompidou y Brandt, pero en un sentido contrario: menos independentista. Siempre, claro está, que Giscard sepa salir de su prisión política y que la oposición, en este caso más unida la izquierda de Mitterrand y la derecha del UDR, se lo permitan, o él consiga burlarles. En todo caso, el desafío a los Estados Unidos que lanzó el General De Gaulle —y que, la verdad sea dicha, no pudo llevar a sus extremos— ha terminado.

ESTA nueva situación de Francia abre grandes posibilidades. Giscard tiene que esforzarse en salir de su condición de Presidente de media Francia para ser Presidente de todos los franceses. Algunas frases de la derecha en la noche del escrutinio marcan la ocasión: Lecanuet decía que «Francia está dividida en dos, y eso es deplorable»; Alain Peyrefitte, que «en las elecciones ha habido un vencedor, pero no ha habido ningún vencido»; Chalandon, que «no hay vencedor ni vencido», y Sanguinetti, secretario general de la UDR: «Es una advertencia para todo el mundo. Habrá que gobernar a la izquierda. Hay que evitar una temible lucha de clases».

¿VA a reformar Giscard la Constitución? ¿Va a reducir el término del mandato presidencial (ahora, siete años)? ¿Va a dar más poderes a la Asamblea? ¿Reformará el sistema electoral? Estas respuestas, si fuesen afirmativas, serían decisivas para el porvenir de la política francesa, y para el de Europa en general. Hay que sospechar que, por el momento, no llegue a ello. El mecanismo de poder presidencial fuerte le favorece, y no lo abandonará más que a regañadientes. Sin embargo, no hay posibilidad de renovación del país que no venga de ahí. El sistema en sí es un peligro, un riesgo grave de dictadura. Giscard no parece en este momento, recién salido de la campaña y de sus promesas, llevar la túnica del dictador. Pero no se sabe en el futuro cómo querrá responder a la presión de la izquierda. Ni se sabe quién puede ser su sucesor dentro de unos años. ■